

MONKTON EL LOCO

WILKIE COLLINS



ILUSTRADO POR
FIDEL MARTÍNEZ



MONKTON EL LOCO

I

Los Monkton de la abadía de Wincot no tenían excesiva fama de sociales en nuestro condado. Nunca acudían de visita a las casas de otras familias y nunca recibieron bajo su propio techo a nadie que no fuese mi padre o una dama y su hija que vivían cerca de su residencia.

Sin duda eran orgullosos, y sin embargo no era el orgullo, sino el temor, lo que los mantenía apartados de sus vecinos. La familia había padecido durante generaciones un horrible caso de locura hereditaria, y sus miembros se mostraban reacios a pasear su desgracia frente a otros, tal y como tendrían que haberla expuesto de haberse entremezclado con el ajetreado mundo que los rodeaba. Existe una terrible historia acerca de un crimen cometido hace mucho tiempo por dos Monkton, un acontecimiento que pareció preceder al primer caso de locura; pero no será necesario sobresaltar a nadie relatándolo aquí. Baste decir que, a intervalos, casi todas las formas conocidas de demencia se manifestaron en diversos miembros de la familia, siendo la monomanía su expresión más frecuente. Fue a través de mi padre como tuve noticia de estos hechos, y también de un par más que aún tengo que relatar.

Durante mi juventud ya no quedaban sino tres Monkton en la abadía: el señor y la señora Monkton, y su hijo, Alfred, el heredero de la propiedad. El otro representante vivo de esta rama, la más antigua de la familia, era el hermano pequeño del señor Monkton, Stephen. Era éste un hombre soltero, y en posesión de una estimable finca en Escocia, pero vivía casi de continuo en el continente y tenía reputación de libertino y desvergonzado. La familia de Wincot mantenía con él casi tanto contacto como con sus vecinos.

Ya he mencionado a mi padre, y a una dama y a su hija, como los únicos privilegiados a los que se les permitía el acceso a la abadía de Wincot.

Mi padre había sido un viejo compañero de instituto y universidad del señor Monkton, y el azar los había unido con tanta frecuencia en su vida posterior que su intimidad era completamente comprensible. Para lo que ya no estoy tan capacitado es para describir los términos amistosos en los que la señora Elmslie (la dama a la que he aludido) se relacionaba con los Monkton. Su fallecido esposo había sido pariente lejano de la señora Monkton, y mi padre era el tutor de su hija. Pero estas demostraciones de amistad y respeto nunca me parecieron lo suficientemente intensas como para explicar la intimidad entre la señora Elmslie y los ocupantes de la abadía. Sin embargo, ciertamente compartían una intimidad y, a su debido tiempo, el constante intercambio de visitas entre las dos familias acabó por dar sus frutos: el hijo del señor Monkton y la hija de la señora Elmslie se sintieron mutuamente atraídos.

Yo no tuve oportunidad de ver muy a menudo a la joven; únicamente la recuerdo en aquel entonces como una chica delicada, dulce y agradable. Exactamente el polo opuesto en apariencia, y al parecer también en carácter, de Alfred Monkton. Pero quizá fuera ésa una de las razones por las cuales se enamoraron. La atracción entre ambos pronto fue descubierta y aprobada por sus padres. En todos los puntos esenciales, excepto el de la riqueza, los Elmslie podían compararse perfectamente con los Monkton, y para el heredero de Wincot la necesidad de que la novia recibiera una buena dote resultaba del todo irrelevante. Era de conocimiento común que, a la muerte del señor Monkton, Alfred recibiría un estipendio de treinta mil libras anuales.

De este modo, aunque los padres de ambas partes coincidieron en que los jóvenes aún no eran lo suficientemente mayores para casarse de inmediato, no vieron razón alguna por la que Ada y Alfred no pudieran comprometerse, con el entendimiento de que no se unirían en matrimonio hasta que el joven Monkton cumpliera la mayoría de edad, algo para lo que aún faltaban dos años. Mi padre, en calidad de tutor de Ada, fue la única persona con la que las dos familias consultaron el asunto. Él sabía que la desgracia de la familia de la abadía se había manifestado hacía algunos años en la señora Monkton,



que era prima de su esposo. La *enfermedad*, tal y como se la aludía en nuestro círculo, había conseguido paliarse gracias a un cuidadoso tratamiento, y había sido dada por superada. Pero mi padre no iba a dejarse engañar. Sabía perfectamente que la corrupción hereditaria seguía acechando; contemplaba con horror la más que probable posibilidad de que algún día reapareciera en la progenie de la única hija de su amigo, y se negó sin contemplaciones a dar su consentimiento al compromiso.

El resultado fue que se le cerraron tanto las puertas de la abadía como las puertas de la casa de la señora Elmslie. Poco tiempo después de aquella interrupción de su amistad, la señora Monkton murió. Su marido, que se sentía muy próximo a ella, cogió un violento catarro mientras asistía a su funeral. El catarro no fue tratado adecuadamente y le afectó a los pulmones. En apenas un par de meses siguió a su esposa a la tumba, y Alfred quedó en posesión de la enorme y vieja abadía y de todos los terrenos que se extendían a su alrededor.

En aquel momento, la señora Elmslie tuvo la poca delicadeza de empeñarse por segunda vez en que mi padre diera su consentimiento a la boda. Él volvió a negarse de un modo más enérgico aún que en la primera ocasión. Pasó más de un año. El momento en que Alfred alcanzaría la mayoría de edad se aproximaba con rapidez. Yo regresé de la universidad para pasar las vacaciones en casa e hice algunos avances destinados a mejorar mi relación con el joven Monkton.

Mis avances fueron rechazados. Con completa corrección, cierto; pero, aun así, de un modo tal que sugería claramente que me guardara de volver a intentar ofrecerle mi amistad. Cualquier disgusto que hubiera podido sentir a causa de aquel mezquino rechazo quedó borrado de mi mente debido a una verdadera desgracia que acaeció en el seno de mi familia. Hacía ya algunos meses que la salud de mi padre se había ido deteriorando, y, precisamente en el momento al que estoy haciendo referencia, sus hijos tuvieron que lamentar la irreparable calamidad que supuso su muerte.

Debido a alguna informalidad o error en el testamento del difunto señor Elmslie, esta contingencia dejó el futuro de Ada enteramente a disposición de su madre. La consecuencia fue la inmediata ratificación del compromiso matrimonial al que con tanta vehemencia se había opuesto mi padre.



Tan pronto como el acontecimiento se anunció públicamente, algunos de los amigos más cercanos de la señora Elmslie, que estaban al tanto de los sucesos referentes a la familia Monkton, se aventuraron a intercalar entre sus felicitaciones formales una o dos referencias a la difunta señora Monkton y a la disposición de su hijo.

La señora Elmslie recibió siempre estas educadas indirectas con una única y enérgica respuesta: primero, admitía la existencia de aquellos rumores sobre los Monkton que sus amigos se resistían a especificar; después, declaraba que no se trataba sino de infames calumnias. Hacía generaciones que la corrupción hereditaria había desaparecido de la familia. Alfred era el mejor, el más amable y el más cuerdo de todos los seres humanos. Amaba el estudio y la soledad; Ada simpatizaba con sus gustos y había hecho su elección de modo imparcial; si alguien volviese a pronunciar en voz alta alguna indirecta que pudiera implicar que su madre estuviese sacrificándola al entregarla en matrimonio, tal indirecta sería tomada como un insulto personal hacia ella, pues poner en duda su afecto por Ada sería una monstruosidad. Aquel modo de hablar silenció a la gente, pero no la convenció. Empezaron a sospechar lo que de hecho no era sino la auténtica verdad, que la señora Elmslie era una mujer egoísta, materialista y codiciosa, que quería casar bien a su hija, sin que le importaran las consecuencias mientras pudiese ver a Ada convertida en la señora de la mayor posesión del condado.

En todo caso, pareció como si la fatalidad conspirara para evitar que la señora Elmslie consiguiese el que era su mayor objetivo en la vida. Apenas acababa de desaparecer, debido a la muerte de mi padre, el primer obstáculo a la mal predestinada boda, cuando le sucedió otro, en forma de ansiedad y males causados por la delicada salud de Ada. Aunque fueron muchos los doctores consultados, todos coincidieron en aconsejar que el matrimonio debía aplazarse, y que la señorita Elmslie debía abandonar Inglaterra por un tiempo y residir en un clima más templado, el sur de Francia, si no recuerdo mal. De este modo, justo antes de que Alfred fuera declarado mayor de edad, Ada y su madre partieron hacia el continente, por lo que entendimos que la unión entre los dos jóvenes había quedado pospuesta indefinidamente.

En la vecindad se despertó cierta curiosidad por lo que haría Alfred Monkton vistas las circunstancias. ¿Acaso seguiría a su amada? ¿Iría de re-

gatas? ¿Abriría por fin las puertas de la vieja abadía de par en par y se propondría olvidar la ausencia de Ada y el retraso de su boda mediante un sinfín de festividades? No hizo nada de eso. Sencillamente permaneció en Wincot, llevando un modo de vida tan sospechosamente extraño y solitario como el que había seguido su padre antes que él. Literalmente, no tenía más compañía en la abadía que la del viejo sacerdote que había sido su tutor desde la más tierna infancia (debería haber mencionado con anterioridad que los Monkton eran católicos romanos). Cumplió la mayoría de edad, y en Wincot ni siquiera se organizó una pequeña cena privada para celebrar el evento. Las familias del vecindario decidieron olvidar la ofensa que les había hecho su padre mediante su reserva, y le invitaron a sus casas. Las invitaciones fueron rechazadas educadamente. Uno tras otro, todos los visitantes que llamaron con resolución a las puertas de la abadía se vieron rechazados con la misma resolución tan pronto como hubieron dejado sus tarjetas de visita. A causa de esta combinación de actitud siniestra y agravante, las gentes de los alrededores empezaron a agitar misteriosamente las cabezas cada vez que se mencionaba el nombre del señor Alfred Monkton, mientras aludían a la desgracia familiar y se preguntaban malhumoradamente, o con tristeza, según les inclinase su temperamento, qué sería lo que podría ocuparle mes tras mes en aquella solitaria y vieja casa.

La respuesta correcta a este interrogante no fue fácil de descubrir. Resultaba completamente inútil, por ejemplo, preguntarle al sacerdote al respecto. Se trataba de un viejo caballero, correcto y silencioso, cuyas respuestas siempre eran excesivamente comedidas y educadas; pero, aunque parecían acarrear una inmensa cantidad de información, todo el mundo observó que cuando se reflexionaba sobre las mismas nada tangible podía extraerse de ellas. El ama de llaves, una extraña anciana de modales abruptos y repelentes, era demasiado fiera y taciturna para ser interrogada sin riesgos. Los pocos sirvientes que había en la casa llevaban con la familia el tiempo suficiente como para haber aprendido a mantener por lo general sus bocas cerradas en público. Sólo a través de los labriegos que abastecían la mesa de la abadía se pudo obtener alguna información; información que por otra parte resultó ser excesivamente vaga.

Algunos de ellos habían observado al «joven señor» recorriendo la biblioteca con montones de papeles polvorientos entre las manos. Otros habían

oído ruidos extraños en las zonas deshabitadas de la abadía, habían mirado hacia arriba, y le habían visto forcejeando con las viejas ventanas, como si quisiera que el aire y la luz penetraran en unas habitaciones que se habían supuesto cerradas durante años y años; o le habían descubierto peligrosamente erguido sobre la cumbre de una de las torretas semiderruidas, a las que, que se recordara, nunca nadie había subido con anterioridad, debido a que popularmente se las consideraba habitadas por los fantasmas de los monjes que en el pasado fueron los propietarios del edificio. El resultado de estas observaciones y descubrimientos, una vez extendidos por la comarca, fue por supuesto la instauración de la firme creencia de que el «pobre joven Monkton estaba siguiendo el mismo camino que el resto de la familia había transitado antes que él». Opinión que siempre pareció verse refrendada en la mente popular con la convicción (fundada en ninguna prueba en concreto) de que era el sacerdote quien estaba detrás de toda aquella maldad.

Hasta aquí he hablado a partir de anécdotas que me fueron contadas. Lo que voy a narrar ahora es el resultado de mi propia experiencia.

II

Unos cinco meses después de que Alfred Monkton se hiciera mayor de edad, yo abandoné la universidad y decidí distraerme e instruirme un poco viajando al extranjero.

Cuando abandoné Inglaterra, el joven Monkton aún practicaba su vida de recluso en la abadía, y estaba, en opinión de todo el mundo, hundiéndose rápidamente, si es que no había sucumbido ya del todo, en la maldición hereditaria de su familia. En cuanto a las Elmslie, los informes decían que la salud de Ada se había beneficiado de su viaje, y que, por tanto, madre e hija se encontraban ya de camino hacia Inglaterra con la intención de restablecer los lazos con el heredero de Wincot. Antes de su regreso, yo ya había iniciado mis viajes para dedicarme a vagabundear por media Europa sin apenas planear de antemano las rutas que iba a seguir. La casualidad que me había guiado hasta entonces me llevó de igual modo hasta Nápoles. Allí me



encontré con un viejo compañero de instituto, que era uno de los *attachés* de la embajada británica. Y también allí comenzaron los extraordinarios hechos conectados con Alfred Monkton que forman el núcleo principal de la historia que ahora les estoy relatando.

Una mañana, mientras estaba perdiendo perezosamente el tiempo con mi amigo el *attaché* en los jardines de Villa Reale, fuimos adelantados por un joven que caminaba solo y que intercambié un saludo con mi acompañante.

Pensé que había reconocido los ojos oscuros y ansiosos, las mejillas descoloridas, y la expresión nerviosa y extrañamente vigilante que recordaba como característica del rostro de Alfred Monkton, y estaba a punto de preguntarle a mi amigo sobre el tema, cuando se me adelantó revelándome la información que me interesaba.

—Es Alfred Monkton —dijo—. Viene de tu parte de Inglaterra. Deberías conocerle.

—Le conozco un poco —respondí—. La última vez que estuve en la comarca de Wincot estaba prometido con la señorita Elmslie. ¿Se ha casado por fin?

—No. Y nunca debería hacerlo. Ha seguido los pasos de toda su familia. O, dicho claramente, se ha vuelto loco.

—¡Loco! Aunque no debería sorprenderme al oírte pronunciar esas palabras después de lo que se decía de él en Inglaterra.

—Yo no hablo a partir de rumores. Hablo a partir de lo que ha dicho y hecho en mi presencia, y en presencia de otros cientos de personas. ¿Habrás oído hablar de ello, supongo?

—En absoluto. Hacía meses que no recibía noticias ni de Nápoles ni de Inglaterra.

—Entonces tengo que contarte una historia extraordinaria. Por supuesto, ya sabrás que Alfred tenía un tío, Stephen Monkton. Pues bien, hace tiempo, este tío se batió en duelo en los estados romanos con un francés que le mató de un tiro. Supuestamente, tanto los testigos como el francés (que resultó ileso) huyeron en distintas direcciones. Aquí no nos enteramos de ningún detalle sobre el duelo hasta que, un mes más tarde, uno de los diarios franceses publicó un informe al respecto, a partir de unos papeles dejados por el testigo de Monkton, que acababa de morir en París afectado

por la tisis. Aquellos papeles revelaban el modo en el que se había celebrado el duelo y cuál había sido su desenlace, pero nada más. El segundo testigo y el francés han permanecido en el anonimato desde entonces. Por lo tanto, todo lo que sabemos acerca del duelo es que Stephen Monkton recibió un disparo; algo de lo que nadie podría lamentarse, puesto que jamás existió un canalla más grande. El lugar exacto en que murió, y qué se hizo después con el cadáver, son misterios que no tienen posibilidad de desvelarse.

—¿Pero qué tiene que ver todo esto con Alfred?

—Espera un momento y lo sabrás. Poco después de que las noticias sobre su tío llegaran hasta Inglaterra, ¿qué crees que hizo Alfred? Canceló sus esponsales con la señorita Elmslie, a punto de celebrarse en aquel entonces, para poder venir aquí a buscar la tumba de ese granuja desgraciado que tenía por tío. Y ningún poder terrenal será capaz de inducirle a regresar a Inglaterra y a la señorita Elmslie, hasta que haya encontrado el cadáver y pueda llevárselo consigo para enterrarlo con todos los demás Monkton en la cámara mortuoria que hay bajo la capilla de la abadía de Wincot. Durante los tres últimos meses ha derrochado su dinero, ha importunado a la policía, y se ha expuesto al ridículo frente a los hombres y a la indignación de las mujeres, intentando conseguir su loco propósito, y actualmente se encuentra tan lejos de cumplirlo como cuando llegó. No ha sido capaz de explicarle a nadie el más mínimo motivo para su conducta. No puedes reírte de él, ni tampoco razonar. Por pura casualidad, me he enterado de que en estos momentos, justo cuando nos lo hemos cruzado, se dirige a la oficina del ministro del Interior para intentar convencerle de que envíe nuevos agentes a investigar e interrogar a lo largo y ancho de los estados romanos, en busca del lugar en el que dispararon a su tío. Y escúchame bien: durante todo este tiempo ha declarado una y otra vez estar apasionadamente enamorado de la señorita Elmslie, y sentirse completamente miserable a causa de su separación. ¡Qué te parece eso! Piensa después que esa separación se la ha autoimpuesto él mismo para venir aquí a perseguir los restos de un granuja que era toda una desgracia para la familia, y al que no vio en más de dos ocasiones en su vida, y dime si de entre todos los «locos Monkton», como los suelen llamar en Inglaterra, no es Alfred el más demente. En realidad, se ha convertido en nuestra principal atracción en esta aburrida temporada

de ópera; aunque, por mi parte, cada vez que pienso en esa pobre chica en Inglaterra, me siento más predisuesto a despreciarle que a reírme de él.

—¿Conoces a las Elmslie, entonces?

—Íntimamente. El otro día mi madre me escribió desde Inglaterra, tras haberle hecho una visita a Ada. Esta escapada de Monkton ha ofendido gravemente a todos sus amigos. Deben de haber estado intentando convencerla de que rompiese su compromiso, pues parece que tiene derecho a hacerlo si así lo deseara. Incluso su madre, sórdida y egoísta como es, se ha visto obligada al fin, por decencia y sentido común, a ponerse del lado del resto de la familia; pero la buena y fiel muchacha no quiere traicionar a Monkton. Le quita hierro a su locura, dice que le dio una buena razón, en secreto, para marcharse; y dice que siempre podrá hacerle feliz cuando vuelvan a estar juntos en la vieja abadía, y más feliz aún cuando se hayan casado; en resumen, que le ama apasionadamente y que por lo tanto le creerá hasta el final. Nada puede convencerla de lo contrario; está dispuesta a entregarle su vida, y así lo hará.

—Espero que no. Por más que su conducta nos pueda parecer demente, imagino que se deberá a alguna razón lógica, aunque no seamos capaces de imaginarla. ¿Parece tener problemas mentales cuando charla sobre tópicos ordinarios?

—En absoluto. Cuando consigues que diga algo, lo cual no sucede muy a menudo, habla como un hombre sensible y bien educado. Mantén silencio sobre su preciosa búsqueda, y le considerarás el más gentil y templado de los seres humanos. Pero toca el tema de su tío vagabundo y verás aflorar de inmediato la locura de los Monkton. La otra noche, una dama le preguntó, bromeando por supuesto, si había visto el fantasma de su tío. Él la contempló como si fuera un perfecto demonio, y dijo que algún día tanto él como su tío le contestarían juntos, aunque tuvieran que volver desde el infierno para hacerlo. Todos nos reímos al oír sus palabras, pero la dama se desmayó ante su mirada y en consecuencia tuvimos una pequeña escena de histerismo y agitación. Cualquier otro hombre habría sido sacado a patadas de la sala por haberle dado un susto casi de muerte a una mujer hermosa; pero «Monkton el loco», tal y como le hemos bautizado aquí, es un lunático privilegiado en la sociedad napolitana, porque es inglés, es atractivo, y

además recibe treinta mil libras al año. Acude a todas partes creyendo que existe la posibilidad de encontrar a alguien que hubiera sido depositario del secreto sobre el lugar en el que se celebró el misterioso duelo. Si te lo presentan, puedes estar seguro de que te lo preguntará aunque no sepas nada al respecto; pero guárdate de seguir tratando el tema después de que le hayas respondido, a menos que quieras asegurarte de sacarle de sus casillas. En ese caso, sólo hablará de su tío, y el resultado estará lejos de satisfacerte.

Un día o dos después de haber mantenido esta conversación con mi amigo el *attaché*, me encontré con Monkton en una fiesta nocturna.

En el momento en que oyó mencionar mi nombre, su rostro se ruborizó. Me condujo hasta un rincón apartado y, refiriéndose a la frialdad con la que había recibido hacía algunos años mi oferta de establecer una relación amistosa, me pidió perdón por lo que él mismo calificó de «una inexcusable ingratitud», con una seriedad y un nerviosismo que me tomaron completamente por sorpresa. Su siguiente paso fue, tal y como ya me había avisado mi amigo, preguntarme al respecto del lugar en el que se habría celebrado el misterioso duelo.

Mientras me interrogaba, un cambio extraordinario se produjo en su persona. En lugar de mirarme directamente a la cara, como habían hecho hasta aquel momento, sus ojos se fijaron intensamente, casi con fiereza, bien en una pared completamente desnuda que nos flanqueaba o bien en el espacio vacante que se extendía entre la pared y nosotros mismos (imposible decirlo con seguridad). Yo acababa de llegar a Nápoles en un barco procedente de España, y así se lo expliqué brevemente, pues me pareció el mejor modo de indicarle satisfactoriamente que no podría serle de ninguna ayuda. Él no insistió, y yo, teniendo en cuenta la recomendación de mi amigo, procuré llevar la conversación hacia temas generales. Volvió a mirarme directamente y, durante todo el tiempo que permanecimos en nuestro rincón, sus ojos no volvieron a vagabundear hacia la desnuda pared o hacia el espacio vacante que había a nuestro lado.

Aunque siempre más dispuesto a escuchar que a hablar, su conversación, cuando surgía, no exhibía el más mínimo rastro de locura. Evidentemente, había leído mucho, no de un modo generalista sino en profundidad, y era capaz de aplicar sus lecturas con singular felicidad a modo de ilustración de

casi cualquier tema en discusión, sin interponer sus conocimientos de un modo absurdo, ni ocultarlos con afectación. Sus modales eran en sí mismos toda una protesta contra un apodo como el de «Monkton el loco». Era tan tímido, tan callado, tan tranquilo y amable en todos sus actos que a veces uno podría haberse visto inclinado incluso a calificarle de afeminado. Mantuvimos una larga charla durante aquella primera noche; después, nos vimos a menudo, y nunca dejamos pasar una sola oportunidad de irnos conociendo mejor. Sentí que había adquirido cierto gusto por mi compañía y, a pesar de lo que había oído acerca de su comportamiento para con la señorita Elmslie, a pesar de las sospechas que su historial familiar y su propia conducta habían despertado, «Monkton el loco» empezó a gustarme tanto como yo le gustaba a él. Más de una vez cabalgamos en silencio por el campo, y a menudo navegamos recorriendo las orillas de la bahía por ambos extremos. De no ser por dos incomprensibles excentricidades en su conducta, pronto me habría sentido tan a gusto en su compañía como si se tratara de mi propio hermano.

La primera de aquellas excentricidades consistió en la reaparición ocasional de aquella extraña expresión en sus ojos, que había visto por primera vez cuando me había preguntado si sabía algo sobre el duelo. No importaba de qué estuviéramos hablando o dónde estuviéramos; había ocasiones en las que de repente apartaba la mirada de mi rostro, ora a un lado ora al otro, pero siempre hacia un lugar en el que no había nada que ver, y siempre con la misma intensidad y fiereza en sus ojos. Aquello se asemejaba tanto a la locura (o por lo menos a la hipocondría) que me daba miedo preguntarle al respecto y siempre fingía no haberme dado cuenta.

La segunda peculiaridad en su conducta fue que, mientras estuvo en mi compañía, nunca hizo una sola referencia a los comentarios despertados por su búsqueda en Nápoles, y no habló ni en una sola ocasión ni de la señorita Elmslie ni de su vida en la abadía de Wincot. Aquello no sólo me sorprendió, sino que además asombró a todos aquellos que habían notado nuestra intimidad y que se habían convencido de que yo debía de ser el depositario de todos sus secretos. Pero ya se acercaba el momento. Aquel misterio, y también algunos otros cuya existencia ni siquiera había sospechado hasta entonces, estaban a punto de ser revelados.

Una noche me encontré con él, en un gran baile organizado por un noble ruso cuyo nombre no pude pronunciar entonces y soy completamente incapaz de recordar ahora. Me había ido alejando paulatinamente del recibidor, la sala de baile y el salón de cartas, hasta llegar a una pequeña habitación (medio invernadero, medio *boudoir*) situada a un extremo del palacio y bellamente iluminada para la ocasión mediante lámparas chinas. Cuando entré no había nadie. La vista sobre el Mediterráneo, bañado en la brillante apacibilidad de la luna italiana, era tan encantadora que permanecí largo tiempo junto a la ventana, contemplándola mientras escuchaba la música que me llegaba débilmente desde el salón de baile. Mis pensamientos se encontraban lejos de mí, junto a los amigos que había dejado en Inglaterra, cuando me sobresalté al oír mi nombre suavemente pronunciado.

Me volví de inmediato y vi a Monkton de pie en la habitación. Una lívida palidez se había adueñado de su rostro, y sus ojos se apartaban continuamente de mí con aquella misma extraordinaria expresión a la que ya he aludido.

—¿Le importaría abandonar el baile un poco más pronto esta noche? —preguntó sin mirarme aún.

—En absoluto —dije yo—. ¿Puedo hacer algo por usted? ¿Se encuentra mal?

—No. O al menos no es nada de lo que merezca la pena hablar. ¿Podría venir a verme a mis habitaciones?

—Ahora mismo, si quiere.

—No, ahora mismo no. *Yo* debo acudir de inmediato, pero no hace falta que venga usted hasta dentro de media hora. Ya sé que no ha estado con anterioridad en mi casa, pero la encontrará con facilidad, está cerca de aquí. Aquí tiene una tarjeta con mi dirección. *Debo* hablar con usted esta noche; mi vida depende de ello. ¡Le ruego que acuda! ¡Por el amor de Dios, venga en cuanto haya pasado la media hora!

Prometí ser puntual y me abandonó de inmediato.

La mayoría de ustedes podrá imaginarse con facilidad el estado de nerviosa impaciencia y vaga expectación en el que pasé el periodo de espera requerido, tras haber oído palabras como las que me había dirigido Monkton. Antes de que la media hora hubiera expirado del todo, empecé a abrirme paso a través del salón de baile.

En el descansillo de la escalera me encontré con mi amigo el *attaché*.

—¡Cómo! ¿Ya te vas? —dijo.

—Sí, y me dirijo hacia un curioso encuentro. Voy a las habitaciones de Monkton por expresa invitación suya.

—¡No será verdad! Por mi honor, que eres un hombre osado al atreverte a encontrarte a solas con Monkton en plena noche de luna llena.

—Está enfermo, el pobre. Además, no le creo ni la mitad de loco de lo que le crees tú.

—No discutiremos por eso; pero acuérdate de lo que voy a decirte. No te ha pedido que vayas a un lugar en el que ningún otro visitante ha sido admitido con anterioridad sin un propósito especial. Estoy seguro de que esta noche vas a oír o a ver algo que recordarás durante el resto de tu vida.

Nos despedimos. Cuando llamé a la puerta del patio de la casa en la que vivía Monkton, recordé las últimas palabras de mi amigo; y, aunque me había reído de él cuando las había pronunciado, empecé a sospechar que su predicción estaba a punto de cumplirse.

III

El portero que me abrió la puerta de la casa en la que vivía Monkton me condujo hasta el piso en el que estaban situadas sus habitaciones. Al subir las escaleras, me encontré una puerta entreabierta. Supongo que Monkton había oído mis pasos, ya que me dijo que entrara antes incluso de que me diera tiempo a golpear con los nudillos.

Entré y lo encontré sentado junto a una mesa, con algunas cartas abiertas en la mano; las estaba atando formando un pequeño hatillo. Pude percibir, mientras me solicitaba que me sentara, que su expresión parecía haber recuperado la compostura, si bien la palidez aún no había abandonado su rostro. Me dio las gracias por acudir; repitió que tenía algo muy importante que decirme, y después se calló, aparentemente demasiado avergonzado para continuar. Intenté que se sintiera cómodo asegurándole que si mi ayuda o mis consejos podían serle de cualquier utilidad estaba dispuesto a ponernos a mí y a mi tiempo a su disposición, de todo corazón y sin reservas.

Mientras decía esto, vi que sus ojos empezaban a alejarse de mi rostro para errar lentamente, centímetro tras centímetro, hasta detenerse en un determinado lugar, con la misma mirada fija en el vacío que tan a menudo me había sobresaltado en anteriores ocasiones. La expresión de su rostro se alteró como nunca hasta entonces la había visto alterarse. Monkton se sentó frente a mí, con toda la apariencia de un hombre sumergido en un trance mortal.

—Es usted muy amable —dijo lenta y débilmente, hablando no hacia mí, sino en la dirección en la que sus ojos aún permanecían fijos—. Sé que puede ayudarme, pero...

Se detuvo; su rostro empalideció horriblemente y el sudor empezó a derramarse a través de todos sus poros. Intentó continuar, dijo una o dos palabras, y después volvió a callar. Seriamente alarmado por su salud, me levanté con la intención de alcanzarle un poco de agua de una jarra que había visto sobre una mesa que estaba apoyada contra una de las paredes.

Él saltó de su silla en aquel mismo instante. Todas las sospechas que sobre su cordura había oído murmurar cruzaron mi mente en un solo instante, e involuntariamente retrocedí uno o dos pasos.

—Espere —dijo sentándose de nuevo—. No se preocupe por mí, y no abandone su silla. Quiero... desearía, si a usted no le importa, efectuar una pequeña modificación antes de que digamos nada más. ¿Le importaría que la iluminación fuese más fuerte?

—En absoluto.

Hasta entonces nos habíamos sentado a la sombra de su lámpara de lectura, que era la única luz que había en la habitación.

Cuando le respondí, Monkton volvió a levantarse, y tras entrar en otro cuarto, regresó con una enorme lámpara en una de sus manos. Después tomó dos velas de la mesa de al lado y otras dos de la repisa de la chimenea. Para mi asombro, las juntó todas de manera que quedaran entre nosotros, y después intentó encenderlas. Su mano temblaba de tal modo que se vio obligado a desistir de su empeño y me permitió que acudiera en su ayuda. Siguiendo sus indicaciones, también retiré la pantalla de su lámpara de leer una vez hube encendido la otra y las cuatro velas. Cuando volvimos a sentarnos, con aquella concentración de luz entre nosotros, regresaron sus

mejores y más amables modales; y cuando volvió a dirigirse a mí lo hizo sin el menor titubeo.

—No tiene sentido preguntarle si ha oído los rumores que corren sobre mí —dijo—. Sé que así ha sido. Mi propósito esta noche es ofrecerle una explicación razonable para la conducta que ha originado dichos rumores. Hasta ahora mi secreto sólo había sido confiado a una persona. Ahora voy a confiárselo a usted junto con un objeto especial que le mostraré a su debido tiempo. En primer lugar, en todo caso, debo empezar contándole exactamente cuál es la enorme dificultad que me obliga a mantenerme ausente de Inglaterra. Necesito su ayuda y su consejo; pero, para no esconderle nada, también quisiera poner a prueba su neutralidad y su amistosa simpatía antes de que me pueda atrever a confiarle mi miserable secreto a usted. ¿Podrá perdonar esta aparente desconfianza de su carácter franco y abierto... esta aparente ingratitud a la amabilidad que me ha mostrado usted desde nuestro primer encuentro?

Le rogué que no hablara de aquellas cosas y que continuara.

—Ya sabe —prosiguió— que estoy aquí para recobrar el cuerpo de mi tío Stephen, y para llevarlo conmigo de vuelta a Inglaterra, al lugar de enterramiento de mi familia. También debe de estar al tanto de que aún no he conseguido dar con sus restos mortales. Intente pasar por el momento por encima de lo que le pueda parecer extraordinario e incomprensible de un propósito como el mío y lea este artículo de periódico, el que está subrayado. Hasta ahora es la única prueba que he podido obtener en relación con el fatal duelo en el que falleció mi tío, y quiero oír qué tipo de procedimiento a seguir le sugiere a usted su lectura detenida.

Me alcanzó un viejo periódico francés. El contenido de lo que leí entonces se quedó tan firmemente grabado en mi memoria que estoy seguro de que seré capaz de repetir correctamente, pese a la distancia en el tiempo, todos los hechos que sea necesario comunicar al lector.

El artículo empezaba, recuerdo, con un comentario editorial sobre la gran curiosidad que había suscitado el fatal duelo entre el conde de St. Lo y un caballero inglés, el señor Stephen Monkton. El autor procedía después a recrearse en el extraordinario secretismo que había envuelto todo aquel asunto de principio a fin, y a expresar la esperanza de que la publicación

de cierto manuscrito, al que aludía en sus observaciones, pudiera llevar a la cesión de nuevas pruebas de otras partes mejor informadas. El manuscrito había sido encontrado entre los papeles de monsieur Foulon, el testigo del señor Monkton, quien había fallecido en París, poco después de haber abandonado la escena del duelo para regresar a su casa en dicha ciudad, debido a un rápido deterioro de su salud. El documento parecía inacabado, y se interrumpía precisamente en el lugar en que al lector más le apetecía que continuara. No se pudo descubrir ninguna razón que explicara aquella contingencia, y tras una búsqueda exhaustiva entre los papeles dejados por el difunto tampoco se había descubierto ningún segundo manuscrito en el que viniera recogida la continuación.

El resto del texto era una reproducción de dicho documento.

Resultó ser un acuerdo privado suscrito entre el testigo del señor Monkton, monsieur Foulon, y el testigo del conde de St. Lo, monsieur Dalville; y contenía una declaración de todos los preparativos ultimados antes de que se celebrara el duelo. El papel había sido fechado en «Nápoles, 22 de febrero», y estaba dividido en siete u ocho cláusulas.

La primera cláusula describía el origen y la naturaleza de la disputa; un asunto de lo más vergonzoso por ambas partes que no merece la pena recordar ni repetir. La segunda cláusula declaraba que dado que el retado había elegido como arma la pistola, y que el retador (un espadachín excelente) había insistido, por su parte, en que el duelo fuese llevado a cabo de modo en que el primer disparo fuese el decisivo, los testigos, viendo que aquel hostil encuentro inevitablemente no podría tener sino consecuencias fatales, determinaron en primer lugar que el duelo fuese mantenido en total secreto por todos los implicados, y que el emplazamiento en el que se iba a desarrollar no fuese anunciado por adelantado ni siquiera a los duelistas. Se añadía que este exceso de precaución se había convertido en una absoluta necesidad debido a un reciente llamamiento del Papa a los gobernantes de Italia, indignado por la escandalosa frecuencia con la que se practicaban los duelos, y urgiendo a que en el futuro las leyes contra los duelistas se reforzaran con el máximo rigor.

La tercera cláusula detallaba el modo en que se había previsto que se desarrollase el duelo.

Las pistolas, tras haber sido cargadas por los testigos, reposarían en el suelo; los combatientes se situarían a treinta pasos de distancia el uno del otro y arrojarían una moneda al aire para ver quién dispararía en primer lugar. El hombre designado por la fortuna avanzaría entonces diez pasos (marcados de antemano) y descargaría su pistola. Si fallaba, o no era capaz de desarmar a su oponente, éste sería libre de avanzar, si así lo elegía, los veinte pasos restantes antes de disparar. Este arreglo aseguraba la terminación decisiva del duelo con una sola descarga de las pistolas, y tanto los implicados como sus testigos aceptaron firmarlo de común acuerdo.

La cuarta cláusula declaraba que los testigos habían acordado que el duelo debería llevarse a cabo *fuera* de los estados napolitanos, pero se dejaban guiar por las circunstancias en lo que a la localidad exacta se refería. Las cláusulas siguientes, al menos tal y como yo las recuerdo, estaban dedicadas a detallar las diferentes precauciones que se adoptarían para evitar ser descubiertos. Los duelistas y sus testigos abandonarían Nápoles en partidas diferentes; deberían cambiar de carruaje en diversas ocasiones; se encontrarían en cierto pueblo o, en caso de no ser posible, en cierta posada de la carretera principal entre Nápoles y Roma; llevarían cuadernos de dibujo, cajas de colores y banquetas, como si fueran artistas en busca de inspiración para sus bosquejos; y se trasladarían hasta el lugar del duelo a pie, sin emplear guía por miedo a verse traicionados. Tales preparativos generales, y otros dispuestos para facilitar la fuga de los supervivientes una vez hubiese finalizado el asunto, formaban la conclusión de aquel extraordinario documento, que aparecía firmado, sólo mediante iniciales, por los dos testigos.

Justo debajo de las iniciales aparecía el comienzo de una narración, encabezada con la palabra «París», que evidentemente pretendía describir el duelo con extrema minuciosidad. La grafía era la del testigo fallecido.

Monsieur Foulon, el caballero en cuestión, transmitía su creencia de que podrían ocurrir según qué circunstancias que convirtieran en un documento importante la descripción por parte de un testigo ocular de lo sucedido en el hostil encuentro entre St. Lo y el señor Monkton. Se proponía, por tanto, como uno de los presentes, testificar que el duelo había sido llevado a término según las cláusulas acordadas, y que los dos implicados se habían comportado como hombres galantes y de honor (!). Además, anunciaba que, con el

objetivo de no comprometer a nadie, iba a dejar el papel en el que se recogía su testimonio en buenas manos, con instrucciones estrictas de que no fuese leído en modo alguno, salvo que se produjese la más extrema emergencia.

Tras este preámbulo, monsieur Foulon relataba que el duelo se había celebrado dos días más tarde de que se hubiese firmado el acuerdo (aunque no mencionaba el nombre del lugar ni el de la comarca en el que éste se había celebrado). Una vez los hombres se hubieron colocado en los lugares predispuestos, el conde de St. Lo ganó la oportunidad de ser el primero en disparar. Había avanzado sus diez pasos y había disparado contra el cuerpo de su oponente. El señor Monkton no cayó de inmediato, sino que avanzó trastabillando seis o siete pasos, descargó su pistola contra el conde sin ningún efecto, y después cayó muerto al suelo. Monsieur Foulon declaraba a continuación que había arrancado una hoja de su libreta de bolsillo, había escrito una breve descripción del modo en que había muerto el señor Monkton y la había prendido con un alfiler en sus ropas; este procedimiento se había hecho necesario debido a la peculiar naturaleza del plan previsto para deshacerse con seguridad del cuerpo del muerto. Cuál era el plan en cuestión, o qué se hizo del cadáver, no había manera de saberlo, ya que en este importante punto la narración se interrumpía bruscamente.

Una nota al pie del periódico simplemente anunciaba la forma en que el documento había sido obtenido para su publicación, y repetía la afirmación contenida en los comentarios del editor, de que ninguna continuación al mismo había sido encontrada en poder de ninguna de las personas a las que se les había confiado el cuidado de los papeles de monsieur Foulon. Ya he reproducido, por tanto, todo el contenido de lo que leí, y he mencionado todo lo que hasta entonces se sabía sobre la muerte del señor Stephen Monkton.

Cuando le devolví el periódico a Alfred, éste se encontraba demasiado agitado para hablar, pero me recordó mediante una señal que estaba esperando ansiosamente para oír lo que tuviera que decirle. Mi postura fue muy cuidadosa y de tanteo. Apenas podía prever cuáles serían las consecuencias si no me andaba con cuidado, y no pude pensar un plan más seguro que preguntarle cuidadosamente antes de implicarme de un modo u otro.

—¿Me excusará si le hago una o dos preguntas antes de ofrecerle consejo?
—dije.

Él asintió impacientemente.

—Sí, sí. Cualquier pregunta que guste.

—¿Ha tenido en algún momento el hábito de ver con frecuencia a su tío?

—No le he visto en más de dos ocasiones en toda mi vida, y ambas siendo sólo un niño.

—Por consiguiente, no podría usted sentir un fuerte afecto personal por él, ¿verdad?

—¡Afecto! De sentir el más mínimo afecto por él, debería avergonzarme. Nos deshonraba allá donde fuera.

—¿Podría preguntarle si hay algún motivo familiar detrás de su interés por recobrar sus restos mortales?

—Los asuntos familiares podrían estar implicados, entre otras cosas, pero... ¿por qué lo pregunta?

—Porque, habiendo oído que ha empleado a la policía para que le ayudase en su búsqueda, estaba interesado en saber si había estimulado a sus superiores para que hicieran lo mejor posible en su servicio, dándoles algunas razones personales que explicaran con la suficiente convicción el proyecto extremadamente inusual que le ha traído hasta aquí.

—Nunca doy razones. Pago por el trabajo que quiero ver realizado, y a cambio de mi generosidad me veo tratado con la más infame de las indiferencias por parte de todos. Siendo un extranjero en el país, y al no estar familiarizado con el idioma, poco puedo hacer para ayudarme. Las autoridades, tanto en Roma como en este lugar, fingen ayudarme, fingen buscar e interrogar como yo quisiera que buscaran e interrogaran, pero en realidad no hacen absolutamente nada más. Se me insulta y se me ridiculiza casi a la cara.

—¿Y no cree posible... tenga en cuenta por favor que no es que desee excusar la mala conducta de las autoridades, y no comparto en absoluto ninguna de sus opiniones, pero ¿no cree posible que la policía podría dudar de que tenga usted un verdadero interés por encontrarle?

—¡Que no estoy verdaderamente interesado! —gritó sobresaltándose y enfrentándose a mí con fiereza, con ojos salvajes y respirando aceleradamente—. ¡Que no estoy verdaderamente interesado! *Usted* también piensa que no lo estoy. Sé que lo piensa, aunque me diga que no es así. ¡Basta! An-



tes de que digamos una sola palabra más, sus propios ojos le convencerán. Venga conmigo... sólo será un minuto. ¡Sólo un minuto!

Le seguí hasta su dormitorio, al que se accedía directamente desde el salón. A un lado de la cama yacía una gran caja de madera sin tratar, de unos dos metros de longitud.

—Retire la tapa y mire en el interior —dijo—, mientras yo sujeto la vela para que pueda usted ver.

Obedecí sus instrucciones y descubrí, para mi asombro, que la caja contenía un ataúd de plomo magníficamente blasonado con las armas de la familia Monkton; inscrito en una caligrafía pasada de moda aparecía el nombre de «Stephen Monkton», y algo más abajo se consignaba su edad y el modo en que había recibido la muerte.

—Mantengo su ataúd preparado para él —susurró Alfred a mi oído—. ¿Le parece eso estar lo suficientemente interesado?

Más bien me parecía algo propio de un demente, de modo que me abstuve de contestarle.

—¡Sí! ¡Sí! Veo que se ha convencido —continuó rápidamente—. Ahora podemos regresar a la otra habitación y podremos hablar con franqueza.

Al regresar a nuestros sitios, alejé mecánicamente mi silla de la mesa. Mi mente estaba para entonces en semejante estado de confusión y desconcierto sobre lo que podría decir o hacer a continuación, que olvidé por un momento la posición que se me había asignado cuando habíamos encendido las velas. Él me lo recordó de inmediato.

—No se mueva —dijo con mucha seriedad—. Siga sentado junto a la luz, se lo ruego. Pronto le explicaré por qué soy tan estricto en eso. Pero primero deme su opinión, ayúdeme en estos momentos de enorme aflicción e incertidumbre. Recuerde, me prometió que lo haría.

Hice un esfuerzo por reunir mis pensamientos, y lo conseguí. Era inútil tratar aquel asunto en su presencia de otro modo que no fuera con una total seriedad; no aconsejarle lo mejor que estuviera en mi mano habría sido una crueldad por mi parte.

—Ya sabe —dije— que dos días después de la firma del acuerdo, el duelo se celebró fuera de los estados napolitanos. Este hecho le habrá conducido, por supuesto, a la conclusión de que todas las investigaciones para

la localización del lugar deberían haberse reducido al territorio romano. ¿Verdad?

—Así es: la búsqueda, tal y como se ha desarrollado, se ha realizado allí, y allí únicamente. Si puedo creer a la policía, tanto ellos como sus informadores han preguntado por el lugar en el que se celebró el duelo a lo largo de toda la carretera principal entre Nápoles y Roma, ofreciendo una enorme recompensa en mi nombre para la persona que lo descubra. También han hecho circular, o eso me han dicho al menos, descripciones de los duelistas y de sus testigos; han dejado un agente para supervisar las investigaciones en la posada y el pueblo mencionados en el acuerdo como lugares de encuentro, y se han puesto en contacto con autoridades del extranjero para intentar localizar al conde de St. Lo y a monsieur Delville en su lugar o lugares de refugio. Todos estos esfuerzos, suponiendo que realmente se hayan efectuado, no han tenido hasta ahora ningún resultado.

—Mi impresión es —dije tras un momento de consideración— que todas las investigaciones realizadas a lo largo de la carretera principal o en los alrededores de Roma serán completamente en vano. En cuanto al descubrimiento de los restos de su tío, me temo que pasará lo mismo que con el descubrimiento del lugar en el que recibió el disparo; ya que aquellos implicados en el duelo no se arriesgarían a acarrear un cadáver a mucha distancia del lugar en plena fuga. El lugar, por tanto, es todo lo que debería interesarnos encontrar. Ahora, consideremos la situación por un momento. Los duelistas cambiaron de carruajes, viajaron por separado en parejas, sin duda tomaron caminos secundarios, se detuvieron en la posada y en el pueblo como cortina de humo, y anduvieron, quizá, una considerable distancia sin guía. Tomando como verdadera esta sucesión de hechos, seguir unas precauciones de este tipo (y sabemos que debieron de haberlas empleado) tuvo que dejarles muy poco tiempo de los dos días utilizados para llegar demasiado lejos, aunque se hubieran puesto en marcha al amanecer y hubieran viajado hasta la puesta de sol. Lo que yo creo, por tanto, es que el duelo se celebró en algún lugar cercano a la frontera con Nápoles; y si yo hubiera sido el agente de policía encargado de la investigación sólo la habría seguido de un modo paralelo a la frontera, avanzando del oeste hacia el este, hasta llegar a los solitarios emplazamientos de las montañas. Ésa es mi idea. ¿Cree usted que tiene algún valor?

Su rostro recuperó el color en un momento.

—¡Creo que es una inspiración! —gritó—. No hemos de perder ni un solo día en llevar a cabo nuestro plan. No se puede confiar en la policía. Yo mismo empezaré mañana por la mañana, y usted...

Se detuvo; su cara se tornó súbitamente pálida; suspiró pesadamente; sus ojos volvieron a desplazarse hasta fijarse en el vacío; y aquella expresión rígida propia de la muerte volvió a apoderarse de sus facciones.

—Debo confesarle mi secreto antes de que podamos hablar de mañana —continuó débilmente—. Si dudase un solo instante más en confesarle todo, no sería digno de su amabilidad, ni digno de la ayuda que usted me brindará cuando lo haya oído; la ayuda en la que reside mi última esperanza.

Le rogué que esperara hasta haber recuperado la compostura por completo, o hasta que fuera capaz de hablar, pero no pareció darse cuenta de lo que le estaba diciendo. Lentamente, y al parecer luchando contra sí mismo, se separó un poco de mí, e inclinando la cabeza hacia la mesa, la apoyó en su mano. El hatillo de cartas en el que le había visto atareado cuando había entrado reposaba bajo sus ojos. Cuando volvió a hablarme, le dedicó una mirada firme.

IV

—Ha nacido usted, según tengo entendido, en nuestro condado —dijo—. Por lo tanto, quizá haya oído hablar en algún momento de una curiosa y antigua profecía relativa a nuestra familia, que aún se preserva entre las tradiciones de la abadía de Wincot.

—He oído hablar de una profecía semejante —respondí—, pero nunca supe los términos en los que había sido expresada. Parece ser que precedía la extinción de su familia o algo parecido, ¿no es así?

—Ninguna de las investigaciones realizadas —prosiguió— ha podido localizar las raíces de dicha profecía ni el momento en el que fue formulada; ninguno de los archivos de nuestra familia contiene nada sobre su origen. Viejos sirvientes y viejos arrendatarios nuestros recuerdan haberla oído en

boca de sus padres y abuelos. Los monjes a los que sucedimos en la abadía en tiempos de Enrique VIII ya tenían, de algún modo, conocimiento de la misma, puesto que yo en persona he descubierto las rimas en las que sabemos que se había preservado la profecía desde tiempos remotos, escrita en una hoja de uno de los manuscritos de la abadía. Éstos son los versos, si es que versos merecen ser llamados:

Cuando en la cámara mortuoria de Wincot
Espere a uno de los Monkton un lugar;
Porque yazca abandonado
Bajo cielo abierto y sin enterrar
Clamando por un metro de tierra
Pese a los acres por nacimiento heredados;
Será entonces manifiesta señal
Del linaje de los Monkton el final.
Desapareciendo con rapidez y en breve
Desapareciendo hasta que sólo un señor quede.
De la luz del día, de la raza mortal
El linaje de los Monkton desaparecerá.

—La predicción parece lo suficientemente vaga como para haber sido pronunciada por un antiguo oráculo —dije, observando que, tras haber recitado los versos, Monkton se comportaba como si estuviera esperando a que yo dijera algo.

—Vaga o no, se está cumpliendo —reiteró—. Ahora yo soy el «último señor», el último de la línea más antigua de nuestra familia a la que apunta la predicción; y el cuerpo de Stephen Monkton no yace en la abadía de Wincot. ¡Espere antes de decir nada! Tengo más que referirle sobre esto. Mucho antes de que la abadía fuese nuestra, cuando vivíamos en la antigua mansión que hay cerca (y cuyas mismas ruinas hace ya tiempo que desaparecieron), el lugar de entierro para nuestra familia ya era la cámara mortuoria que hay bajo la capilla de Wincot. Tanto si en aquellos remotos tiempos la predicción era conocida como si no, lo cierto es que todos y cada uno de los Monkton (tanto si vivían en la abadía o en la pequeña finca que tenemos en

Escocia) fueron enterrados en Wincot, sin que importara el riesgo o el sacrificio para conseguirlo. En los fieros días de batalla de antaño, los cuerpos de mis ancestros que habían caído en costas extranjeras eran recuperados y acarreados hasta Wincot, aunque a menudo el coste para ello no se limitara a fuertes rescates, sino que implicara también derramamientos de sangre. Esta superstición, si así le place llamarla, nunca ha muerto en mi familia desde entonces; y, durante siglos, la sucesión de los muertos en la cámara de la abadía ha sido respetada, completamente respetada, hasta ahora. El lugar que aún espera ser llenado y que se menciona en la profecía es el de Stephen Monkton; la voz que llora en vano por el refugio de la tierra es la voz del espíritu del muerto. ¡Con tanta seguridad como si lo hubiera visto, sé que no le enterraron, sé que le dejaron en el mismo suelo sobre el que cayó!

Me detuvo antes de que pudiera musitar una sola palabra de queja, levantándose lentamente y señalando en la misma dirección hacia la que sus ojos se habían dirigido hacía poco.

—Puedo suponer lo que quiere preguntarme —exclamó, con resolución y en voz alta—; quiere preguntarme cómo puedo estar lo bastante loco como para creer en una profecía semejante, pronunciada en una era de superstición para asombrar a los oyentes más ignorantes. Le responderé... —al decir esto su voz se hundió de repente hasta convertirse en poco más que un susurro—. Le responderé que *el mismísimo Stephen Monkton se yergue frente a mí en este preciso instante, confirmando mi creencia.*

No sé si fue debido al temor y al horror que se reflejaban atrozmente en su rostro al confrontarme, o si fue debido a que hasta entonces no había llegado a creer los rumores sobre su locura, y a que en aquel momento me dominó la convicción de que eran verdaderos. Pero lo cierto es que sentí cómo la sangre se me helaba en las venas mientras le oía hablar, y supe de todo corazón que allí, sentado y sin habla, no tenía el valor suficiente para girarme y mirar en la dirección hacia la que estaba señalando.

—Ahí veo —continuó en el mismo tono de voz susurrante— la figura de un hombre de tez aceitunada, de pie y con la cabeza descubierta. Una de sus manos, agarrando aún una pistola, le cuelga de uno de los costados; la otra presiona un pañuelo manchado de sangre contra su boca. El espasmo de la agonía mortal convulsiona sus rasgos; pero aún puedo reconocer en



esos rasgos al hombre atezado que en dos ocasiones me asustó al tomarme entre sus brazos cuando yo era un niño, en la abadía de Wincot. En aquellas ocasiones les pregunté a mis niñeras quién era aquel hombre, y me respondieron que era mi tío, Stephen Monkton. Con tanta claridad como si aún estuviera vivo, le veo ahora ahí, a su lado, con la mirada de la muerte reflejada en sus enormes ojos negros; y así le he visto desde el mismo día en que le dispararon; en casa y aquí, despierto y dormido, de día y de noche, ¡siempre me acompaña allá donde vaya!

Mientras pronunciaba estas últimas palabras, sus susurros se desvanecieron aún más hasta convertirse en un murmullo inaudible. Por la dirección y la expresión de sus ojos, sospeché que estaba hablando con la aparición. Si hubiera podido contemplarla en aquel momento, creo que habría sido una visión menos horrible que ver a Alfred Monkton, como le veo ahora, murmurando inarticuladamente al vacío. Mis nervios también estaban más de punta de lo que hubiera creído posible debido a lo que había sucedido. Me asaltó un vago temor a encontrarme cerca de él, teniendo en cuenta su estado de ánimo, y retrocedí uno o dos pasos.

Él notó la acción de inmediato.

—¡No se vaya! ¡Se lo ruego! ¡Se lo ruego, no se vaya! ¿Le he alarmado? ¿No me cree? ¿Le molesta la luz en los ojos? Le he pedido que se sentara junto al resplandor de las velas porque no puedo soportar ver la luz que desprende el fantasma siempre que está en la penumbra, brillando sobre usted cuando estaba sentado en la sombra. No se vaya... ¡No me abandone todavía!

Mientras pronunciaba aquellas palabras había una completa desesperación y una miseria inenarrable en su rostro que me devolvieron el control de mí mismo mediante el simple proceso de hacerme sentir piedad. Volví a sentarme en la silla y le dije que permanecería junto a él tanto tiempo como deseara.

—¡Gracias, mil veces gracias! Es usted la paciencia y la bondad personificadas —dijo regresando a su asiento y retomando sus iniciales modales caballerosos—. Ahora que ya he superado la primera confesión de la desgracia que me acompaña en secreto allá donde voy, creo que puedo contarle con calma lo que aún queda por contarse. Verá, como ya le he dicho, mi

tío Stephen —volvió la cabeza rápidamente y miró hacia la mesa cuando el nombre surgió de sus labios—... Mi tío Stephen vino en dos ocasiones a Wincot cuando yo era niño, y en ambas ocasiones me asustó terriblemente. Sólo me tomó en sus brazos y me habló (con mucha amabilidad, según me contaron más tarde, para lo que solía ser él), pero aun así me aterrorizó. Quizá me asustaran su gran estatura, su tez aceitunada, su espeso pelo negro y su mostacho, al igual que le podría haber sucedido a cualquier otro niño; o quizá su mera visión tuviera una extraña influencia sobre mí que no pude entender en aquel momento, y que aún sigo sin ser capaz de explicar. Fuese como fuese, soñé con él a menudo hasta bastante tiempo después de que se hubiera marchado; y cada vez que me quedaba solo en la oscuridad imaginaba que me acechaba para volver a cogerme entre sus brazos. Las criadas que se ocupaban de mí descubrieron este temor y acostumbraban amenazarme con mi tío Stephen cada vez que me portaba mal o me volvía difícil de manejar. A medida que fui creciendo aún mantuve un vago temor y cierto aborrecimiento por nuestro familiar ausente. Siempre escuchaba con atención, aunque sin saber por qué, cada vez que su nombre era mencionado por mi padre o mi madre. Escuchaba con el inexplicable presentimiento de que algo terrible le había sucedido, o estaba a punto de sucederme a mí. Aquella sensación sólo cambió cuando me quedé a solas en la abadía; y entonces pareció mezclarse con la intensa curiosidad que había empezado a crecer en mi interior, sobre el origen de la antigua profecía que predecía la extinción de nuestra raza. ¿Me está siguiendo?

—Sigo cada palabra con la máxima atención.

—Debe saber, entonces, que encontré por primera vez algunos fragmentos de la vieja rima en la que se recoge la profecía, mencionada como curiosidad en un libro de anticuario que había en la biblioteca. En la página frente a aquella en la que se recogía la cita, se había pegado un tosco y antiguo grabado en el que aparecía representado un hombre de pelo oscuro, cuya cara era tan extrañamente parecida a la que yo recordaba de mi tío Stephen que el retrato me sobresaltó por completo. Cuando le pregunté a mi padre al respecto (faltaba poco para su fallecimiento) dijo que no sabía, o pretendió no saber, nada del tema; y cuando a continuación le mencioné la predicción desvió rápidamente la conversación hacia otros derroteros. Lo mismo pasó con nuestro capellán

cuando hablé con él. Dijo que el retrato había sido realizado siglos antes de que mi tío hubiera nacido, y calificó la profecía de superstición y tontería. Yo solía discutir con él este último punto, preguntándole por qué nosotros, los católicos, que creemos que el presente de los milagros se sigue manifestando en ciertas personas favorecidas, no podríamos creer por igual en el don de la profecía. Pero él no quería discutir conmigo; sólo decía que no debería perder el tiempo pensando en semejantes fruslerías, que tenía más imaginación de la que era recomendable y que debería aprender a controlarla en vez de a exacerbarla. Semejante consejo sólo contribuyó a incrementar aún más mi curiosidad. Me decidí en secreto a registrar el ala más vieja y deshabitada de la abadía para intentar encontrar algunos documentos familiares olvidados que me revelaran de quién era el retrato y cuándo había sido escrita o pronunciada por primera vez la profecía. ¿Ha pasado alguna vez un día completamente solo en las desiertas cámaras de una casa antigua?

—Nunca. Semejante soledad no es de mi agrado.

—¡Ah! Pero qué vida cuando empecé mi búsqueda. ¡Daría algo por volver a vivirla! ¡Una incertidumbre tan tentadora, unos descubrimientos tan extraños, unas fantasías tan desatadas, unos terrores tan fascinantes... todo eso forma parte de ese tipo de vida! Piense tan sólo en la sensación que produce abrir la puerta de una habitación en la que ningún ser viviente ha penetrado desde hace casi cien años; piense en el primer paso hacia una región de horrosa quietud sin aire, en la que la luz cae débil y enfermizamente a través de ventanas cerradas y cortinas podridas; piense en el fantasmal crujido del viejo suelo, que le reprocha que camine sobre él por muy suaves que sean sus pisadas; piense en las armas, las armaduras, los extraños tapices de días largo tiempo olvidados, que parecen desprenderse de las paredes y moverse en su dirección mientras camina hacia ellos en la escasa luz; piense en lo que supone husmear en armarios y cofres con cierres de hierro, sin saber qué horrores podrán aparecer cuando los fuerce y los abra; piense en rebuscar entre sus contenidos hasta que el crepúsculo se arroje sobre usted, y la oscuridad se imponga terriblemente en aquel solitario lugar; piense en intentar marcharse y en ser incapaz de hacerlo, como si algo le retuviese; en el viento aullando en el exterior, en las sombras espesándose a su alrededor, y sumiéndole en la más absoluta oscuridad... piense sólo en todas esas cosas y podrá imaginarse